

LA ISLA DE CORAL

ROBERT MICHAEL BALLANTYNE

LA ISLA DE CORAL

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Coral Island*

Traducción de Carmen Bravo-Villasante

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: junio de 2022

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2022

© de la ilustración de cubierta: Augusto Ferrer-Dalmau, 2022

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5571-0

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 8691-2022

Impreso en España

Naufragios, islas y videojuegos

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Es fin de semana. El muchacho siempre se levanta temprano. Acaba de cumplir diez años y es flaco, ágil, imaginativo; mal estudiante excepto para historia y literatura. Vive en una ciudad del sur, en una casa entre el mar y la montaña, con un jardín de árboles, plantas, flores y sombras. Son para él años luminosos porque todo está aún por descubrir, y también para el mundo que abarcan su mirada y sus lecturas: un espacio confortable —es un chico afortunado— que lo circunda cómplice, como queriendo preservar, o prolongar hasta lo posible, su inocencia. En este comienzo de década de los 60 del siglo pasado, la televisión es todavía para ese muchacho un extraño artefacto que no conocerá bien hasta un año después. La pequeña pantalla que está cambiando el mundo aún no vence a los aparatos de radio, el teléfono tiene su propia mesilla en un rincón del largo vestíbulo de maderas oscuras, y las cartas y trabajos escolares se escriben todavía con tinta y plumilla, con los primeros bolígrafos o a golpe de tecla en máquinas de escribir alemanas, italianas o americanas.

Para el muchacho, las mañanas de fin de semana no se parecen al resto. No hay que ir al colegio, a la ciudad si-

tuada a diez kilómetros de allí. Escucha a su padre tararear en voz baja algún tango mientras se afeita manejando con minuciosidad la navaja que suele afilar en una larga tira de cuero sujeta a la pared. Su madre hace rato que se levantó y, aprovechando que él, su hermano y su hermana menor aún descansan, trata de dar las últimas pinceladas a un cuadro que empezó hace meses. En la galería de cristales, las dos chicas que trabajan en casa se afanan, entre risas, con la limpieza. Las oye cantar una de las coplas de las muchas que suenan a menudo en la radio: «Campanera». La casa huele a lavanda, ropa limpia y yerbabuena.

Se ha levantado el chico, sigiloso, y después de beber un vaso de leche se ha lavado la cara, peinado, vestido y ha metido a hurtadillas en una mochila todo cuanto necesita para la aventura: el abrecartas de su padre en forma de puñal, una linterna de hojalata, un mapa que dibujó a escondidas sobre papel cuadriculado en las aburridas horas del colegio, una pistola de vaquero, un sombrero de explorador intrépido y los viejos prismáticos de ópera que la bisabuela Adela trajo de la Exposición Universal de París, donde llegó a entablar amistad con una novelista llamada doña Emilia Pardo Bazán.

Sin hacer ruido para no despertar a su hermano, que, dos años menor, querría sin duda acompañarlo —hay aventuras que sólo pueden vivirse en solitario, y un hermano pequeño es un aguafiestas—, el muchacho se acerca a su mesilla del dormitorio y coge el libro. Anoche, cuando las luces de la casa se apagaron por fin, bajo las sábanas y con ayuda de la linterna, afrontando el riesgo de un castigo seguro si lo pillaban sus padres, pues el sueño para un niño, dicen, debe ser sagrado, terminó de leer *La isla de Coral*. Y ahora se dispone a viajar de nuevo a esa isla, cueste lo que

cueste. Así que se echa al hombro la mochila, baja raudo las escaleras, coge un trozo de bizcocho de la cocina y sale diciendo «adiós» con un grito, dando un portazo. Después se encamina a la parte trasera del jardín, salta la tapia junto al cobertizo y se aleja corriendo por el campo. Libre, al fin.

Un momento después, camina entre los algarrobos y las matas de romero, contemplando soñador el horizonte. En las faldas de los montes cercanos, amarillean los limoneros y blanquean los almendros. Como cualquier niño que viva y juegue al aire libre, ha aprendido a calcular la hora de volver a casa para comer y cenar por la posición del sol, a identificar el viento que trae las nubes y el que las aleja, a orientarse por las hendiduras y surcos de las ramblas, a esconderse en los cañaverales, a predecir con cierta precisión cuándo descargará la tormenta, a identificar el ritmo de las olas en las rocas de la cercana bahía. De piel bronceada, rodillas con cicatrices siempre frescas y ojos verdosos como el mar cercano, enfila decidido por los senderos de tierra hacia ese Mediterráneo con el que está familiarizado desde que aprendió, casi al mismo tiempo, a caminar y a nadar. Una vez en la orilla, se sentará en las rocas por las que corretean rápidos los cangrejos y, salpicado por la espuma del oleaje, mientras los barcos pasan muy despacio a lo lejos, leerá durante horas.

Visto desde hoy, el muchacho se diría, quizás, uno de esos chicos de aire audaz salido de una aventura de Enid Blyton; pero él todavía no ha leído a Enid Blyton, y tal vez ya no la lea nunca. Las historias que lleva en la cabeza, surgidas de la pequeña librería que ocupa dos baldas en el armario de los juguetes de la habitación que comparte con su hermano, son otras. Proviene de los libros de la editorial Molino, de la colección Historias de Bruguera y de los

volúmenes de Cadete Infantil y Cadete Juvenil de editorial Mateu: Llamadme Ismael, Robinson Crusoe, Jim Hawkins, John Trenchard, D'Artagnan, Sir Kenneth el del Leopardo... Y, en este momento, llámame Ralph Rover, Jack Martin o Peterkin, porque yo soy ellos tres. Porque cada libro leído es una aventura por emular. Por vivir como si fuera propia.

«Viajar por el mundo ha sido y sigue siendo la pasión que me ha dominado...». ¿Qué niño lector no hace suyo, de inmediato, un comienzo como éste? Y añadámosle tres amigos, un barco, un naufragio, una isla desierta y el peligroso desafío de aprender a sobrevivir. Y así, cada vez que abre el libro —en ese tiempo de lecturas felices, los libros se leen una y otra vez hasta que su encuadernación se deshace entre las manos—, *La isla de Coral* se desborda de las páginas, atraviesa la biblioteca y arranca al muchacho de su casa, su jardín y la orilla de su mundo conocido para llevarlo a las lejanas islas del Pacífico donde una fiera tormenta ha hecho naufragar al *Arrow*, arrojando a sus tres supervivientes a las playas de una pequeña isla. Y ahí, en esa isla asombrosa, comienza lo inaudito: la amistad, el liderazgo, la muerte, la cristalina poza poblada de peces, la punzada de los pulmones en el descenso, las peligrosas aguas infestadas de tiburones, los animales exóticos tierra adentro, los peligros de una naturaleza sin sentimientos, la traición de los amigos y el estremecimiento de sospechar por primera vez que un ser humano, un niño, un muchacho, pueden ser dueños de su propio destino antes, incluso, de convertirse en adultos.

En el tiempo que ahora narro, leer era la principal herramienta de la que disponía aquel chico para alimentar su inquieta cabeza. Ni siquiera el cine alcanzaba a estimularlo tanto, pues un libro era una puerta abierta, mucho más rica y más libre, a lo creativo de su personal imaginación.

La disparaba hasta el infinito de una manera que hoy llamaríamos participativa, o interactiva. Lo introducía en ella. Y aquí, en ese terreno, surge un elemento de aquella isla coralina tantas veces leída e imaginada: aquel mismo chico, luego convertido en un hombre que vivió aventuras reales y hoy se gana la vida contando historias en un mundo que cambia a velocidad vertiginosa, comprende que libros como *La isla de Coral* fueron para él, en cierto modo, lo que para un jovencito de hoy podría ser un videojuego. No hay tanta diferencia, a fin de cuentas: un héroe, unos compañeros (*gamers*), un paisaje singular y una aventura programada por un cerebro prodigioso, como en su momento lo fue el de R. M. Ballantyne.

Y es que, analizándolo con ojos de hoy, *La isla de Coral* adquiere también un sentido singular: un enfoque actual, de una modernidad asombrosa. Si el muchacho de 1960 tuviese ahora diez u once años y mantuviésemos una conversación sobre la trama de esta novela en términos de videojuego, posiblemente me diría que ha emprendido una aventura en un *roguelike* porque las *quest* son increíbles, ya que no sólo consisten en pasar niveles, sino en habitar mundos. Y así, tras el naufragio del *Arrow*, intentas avanzar procurando no agotar la estamina del héroe, buscas desesperado un NPC que te otorgue claves para resolver los acertijos, conseguir armas de mayor precisión y poder vencer a los *mob*. A veces cuentas en la partida con un magnífico escuadrón —Jack y Peterkin, por ejemplo—, pero casi siempre prefieres pelear solo, porque sabes que entonces todo depende de ti; y también sabes que, si el enemigo viene de frente, es que has elegido sin ayuda el mejor camino posible. En realidad, La Isla 3D que cada día exploras con tu periférico Wii MotionPlus, o con cualquier otro mando, es sólo una versión

del multiverso donde eres capaz de moverte con precisión, pelear y sobrevivir. Etcétera, etcétera.

Y es que, en realidad, las buenas historias, las grandes historias, no envejecen ni se agotan nunca. Sólo evolucionan y se transforman adaptándose a los nuevos tiempos y a los nuevos lectores, sea cual sea el soporte, sea cual sea la nueva clase de juego. Y así, poblada de exóticas criaturas y misteriosos personajes salidos de la pluma vertiginosa de su autor, esta isla de Coral de los tres amigos Jack, Ralph y Peterkin sigue viva en los jovencitos que en otro tiempo fuimos; pero también es capaz de conducir a nuevos adictos, modernos jugadores del presente y el futuro, al desafío de explorar tierras complejas, lejanas y desconocidas. Si es verdad que quien hoy escribe estas líneas añora aquellas viejas islas de coral de papel y tinta, también es consciente de que los lectores actuales, con éste y otros libros semejantes en las manos, serán muy capaces de vivir, renovadas, las grandes aventuras del futuro.

CAPÍTULO PRIMERO

Correr el mundo ha sido y sigue siendo mi pasión dominante, la alegría de mi corazón, la luz misma de mi existencia. Lo mismo en la niñez que en la adolescencia y que en la edad viril, he sido siempre un trotatierras; pero mis correrías no se han limitado a los arbolados valles y las cumbres de los montes de mi tierra, porque mis entusiastas ambiciones han abarcado siempre el mundo entero.

Nací en el espumoso regazo del vasto océano Atlántico una noche negra y espantosa, entre los aullidos de la tempestad. Mi padre fue capitán de la Marina, mi abuelo había sido asimismo capitán y mi bisabuelo fue también marino. No he podido averiguar de un modo positivo la ocupación de mi tatarabuelo, pero mi adorada madre solía decir que había sido guardiamarina y que su abuelo por parte de padre había sido almirante de la Marina Real. Sea como fuese, lo cierto es que toda nuestra genealogía, hasta donde alcanzaban nuestras noticias, había estado relacionada íntimamente con el inmenso desierto acuático. Incluso mi madre había acompañado siempre a mi padre en sus viajes, de suerte que una gran parte de su vida se había deslizado sobre el agua.

Por eso me figuro que heredé esta disposición para los viajes. Poco después de venir yo al mundo, mi padre, que

ya era viejo, se retiró de la vida de mar, compró una casita en un pueblo de pescadores de la costa occidental de Inglaterra y se dispuso a pasar el ocaso de su vida a orillas de aquel mar que durante tantos años había sido su patria y su casa. Muy poco después de vivir en aquella casita, comencé a dar muestras del espíritu aventurero que me animaba. Mis infantiles piernecillas habían cobrado fuerzas, y como ya estaba harto de arañarme las rodillas por andar a gatas, hice muchas tentativas para ponerme en pie y andar como un hombre, pero todas terminaban dejándome sentado violentamente y además sorprendido. Un día aproveché la ausencia de mi madre para realizar un nuevo esfuerzo, y con gran satisfacción logré llegar al escalón de la puerta, desde el cual me caí a un charco de agua cenagosa que había allí delante.

¡Recuerdo como si lo estuviera viendo el horror de mi madre al encontrarme medio ahogado en el barro, entre un grupo de vocingleros patos, y la ternura con que me quitó la ropita mojada para lavar mi sucio cuerpecillo! Desde entonces, mis escapatorias se hicieron más frecuentes y más lejanas a medida que crecía, hasta que por fin hube recorrido la costa y el bosque de alrededor de nuestra humilde morada. Y no estuve contento hasta que mi padre me dejó entrar de aprendiz en un barco de cabotaje y me hice a la mar.

Así pasé varios años, muy satisfecho, visitando los puertos y costeano las orillas de mi país. Mi nombre de pila era Ralph, y, a consecuencia de la pasión que siempre había demostrado por los viajes, mis compañeros me pusieron Rover, que en el idioma inglés quiere decir «trotamundos». Así que mi verdadero nombre no es Rover, pero como no me daban otro terminé por responder a él tan

naturalmente como si fuera el mío propio, y, como no es malo, no tengo ningún motivo para no presentarme al lector como Ralph Rover.

Mis compañeros de a bordo eran gente buena y cariñosa, y nos llevábamos muy bien todos. Cierto es que algunas veces me gastaban bromas, pero nunca en mal sentido, y también les oí decir de mí que era un chico raro y a la antigua. Debo confesar que esto me sorprendió no poco y me hacía meditar bastante y, por muchas vueltas que di al asunto, no logré llegar a una conclusión satisfactoria en cuanto al punto o los puntos donde radicaba mi condición de anticuado. Es verdad que era un muchacho muy tranquilo y que rara vez hablaba como no me dirigiesen la palabra. Además, no acertaba a comprender las bromas de mis compañeros ni cuando me las explicaban, torpeza de comprensión que me apenaba bastante.

Sin embargo, procuraba disimularlo sonriendo y mostrándome muy satisfecho cuando observaba que se reían de algún chiste cuyo sentido no comprendía yo. También era muy aficionado a averiguar la naturaleza y causa de las cosas, y muchas veces caía en verdaderos accesos de abstracción, mientras mi imaginación permanecía preocupada por algún asunto. Pero en todo esto no veía nada que no me pareciese completamente natural, y así me era imposible comprender por qué decían mis compañeros que era un chico a la antigua.

En el curso de mis viajes costeros conocí mucha gente de mar que había viajado por casi todas las regiones del globo, y confieso francamente que mi corazón se enardecía al oírlos contar las extrañas aventuras corridas en lejanas tierras: las espantosas tempestades que habían soportado, los tremendos peligros de que habían escapado, los maravillo-

sos seres que habían visto en la tierra y en el mar, y los interesantes países y curiosos pueblos que habían visitado. Pero de todos los lugares de que me hablaban, ninguno cautivaba tanto mi imaginación como las islas de coral de los mares del Sur. Me hablaban de millares de bellísimas y fértiles islas que habían sido formadas por un animalillo llamado el insecto del coral, donde reinaba el verano casi todo el año, donde los árboles estaban cargados de constante cosecha de lujuriantes frutos, donde el clima era delicioso casi perpetuamente y donde, por extraño que parezca, los hombres eran sanguinarios salvajes, excepto en aquellas islas favorecidas a las que había sido llevado el Evangelio de nuestro Salvador. Estos incitantes relatos ejercieron un efecto tan grande en mi imaginación que al cumplir los quince años resolví hacer un viaje a los mares del Sur.

Al principio tropecé con grandes dificultades para convencer a mis amantes padres y conseguir su permiso, pero, cuando dije que mi padre no habría llegado a ser un excelente capitán si hubiese permanecido en la navegación de cabotaje, comprendieron la verdad del razonamiento y me dieron el permiso deseado. Desde entonces, mí amadísima madre no opuso resistencia a mis deseos. Lo único que me dijo al despedirme de ella fue:

—Ralph, hijo mío, vuelve pronto a nuestro lado, porque ya somos viejos y no viviremos mucho.

No he de entretener al lector con un relato minucioso de lo que ocurrió hasta que me despedí definitivamente de mis padres. Baste decir que mi padre me recomendó a un antiguo compañero suyo, capitán mercante, que estaba a punto de hacerse a la vela con rumbo a los mares del Sur en el barco de su propiedad llamado *Arrow* («Flecha»). Mi madre me echó la bendición y me entregó una pequeña

Biblia con su última recomendación, que fue que no dejase de leer un capítulo diariamente y que no olvidase mis oraciones, cosa que le prometí con lágrimas en los ojos.

Poco después pasé a bordo del *Arrow*, que era un barco grande y bueno, y zarpamos para las islas del océano Pacífico.

CAPÍTULO II

El día que nuestro barco desplegó sus velas a la brisa y zarpó para las regiones del Sur era un día hermoso, cálido y luciente. ¡Cómo brincaba de alegría mi corazón al escuchar el animado coro de los marineros mientras tiraban de las cuerdas y levaban el ancla!

El capitán daba órdenes a voces, la tripulación corría a cumplirlas, el noble barco avanzaba a impulsos de la brisa y la costa se desvanecía gradualmente ante mi vista, mientras yo permanecía contemplándola con una especie de sensación de que todo aquello no era sino un sueño delicioso.

Lo primero que me pareció distinto de todo lo que había visto en mi corta carrera marina fue cómo colocaban el ancla sobre el puente y la ataban cuidadosamente con cuerdas, como si se despidiesen de la tierra para siempre y no volvieran a ser precisos sus servicios.

—¡Anda, muchacha! —dijo un marinero de anchas espaldas, dando una cariñosa palmada al ancla al terminarse la maniobra—. ¡Anda, muchacha! ¡Ya puedes echarte un buen sueño, porque tienen que pasar muchos días antes de que te pidamos que beses el barro otra vez!

Y así fue. ¡El ancla tardó muchos y largos días en besar el barro, y cuando al fin lo besó fue por última vez!

Iban a bordo varios muchachos, pero dos de ellos fueron mis amigos predilectos. Jack Martin era un mocetón de dieciocho años, alto, fornido y ancho de espaldas, de semblante firme, alegre y guapo. Había recibido buena educación; era listo y franco; un león en sus actos, pero de condición apacible y cariñosa.

A Jack lo querían todos, y él sentía una especial predilección por mí. Mi otro compañero se llamaba Peterkin Gay. Era pequeño, vivo, divertido y revoltoso; tendría unos catorce años de edad. Pero las travesuras de Peterkin eran casi siempre inofensivas, pues de lo contrario no hubiera sido estimado como era.

—¡Hola, mozalbete! —dijo Jack Martin dándome una palmada en el hombro el día que me incorporé al buque—. Baja y te enseñaré tu litera. Tú y yo vamos a ser compañeros de mesa, y creo que seremos también buenos amigos, porque pareces simpático.

Jack no se equivocó. Él, yo, y después Peterkin, llegamos a ser los mejores y más fieles amigos que se han visto zarandeados por las tempestuosas olas.

Poco he de contar de la primera parte de nuestro viaje; pasamos lo corriente por lo que se refiere al tiempo malo y al tiempo bueno; vimos muchos peces curiosos, y un día me quedé encantado contemplando los saltos y evoluciones de un banco de peces voladores que se salían del agua y surcaban el aire a un palmo de la superficie. Venían perseguidos por unos delfines, a quienes sirven de comida, y uno de los peces, en su terror, voló por encima del barco, chocó con el aparejo y cayó sobre cubierta. Sus alas eran sencillamente aletas alargadas, y vimos que no podía volar mucho tiempo seguido y que no se remontaba en el aire como las aves, sino que se deslizaba

sobre la superficie del mar. Jack y yo nos lo comimos y nos supo muy bien.

Al acercarnos al cabo de Hornos, en el extremo sur de América, el tiempo se tornó muy frío y tempestuoso y los marineros comenzaron a contar historias acerca de los furiosos huracanes y de los peligros de aquel terrible cabo.

—El cabo de Hornos —decía uno— es la punta de tierra más horrible que he doblado en mi vida. Ya la he pasado dos veces, y las dos estuvo el barco a punto de destrozarse.

—Yo no lo he doblado más que una vez —decía otro— y las velas se rompieron, se helaron las cuerdas en las poleas, y como no podían funcionar estuvimos a punto de perecer.

—Pues yo lo he doblado cinco veces —apoyaba un tercero—, y cada vez fue peor que la anterior. Los huracanes eran tremendos.

—Pues yo no lo he doblado nunca —exclamó Peterkin, guiñando descaradamente un ojo—, y esa vez no me pasó nada.

A pesar de los siniestros augurios, doblamos el temido cabo sin tener que aguantar tiempos demasiado duros, y a las pocas semanas navegábamos tranquilamente con una cálida brisa tropical por el océano Pacífico. Así continuamos nuestro viaje, unas veces saltando alegremente ante una brisa fresca y otras flotando en calma sobre la tersa superficie y pescando curiosos habitantes de las profundidades, todos los cuales, aun cuando los marineros no les hacían caso, eran para mí tan extraños como interesantes y maravillosos.

Al fin llegamos a las islas de coral del Pacífico, y no olvidaré jamás la alegría con que contemplaba, cuando pasábamos a la vista de alguna, las puras, blancas y deslumbradoras orillas y las verdes palmeras que parecían más bellas y más brillantes a la luz del sol. ¡Cuántas veces ansiamos los

tres compañeros desembarcar en una de ellas, imaginándonos que encontraríamos allí la felicidad perfecta! Y nuestro deseo se vio realizado más pronto de lo que esperábamos.

Una noche, a poco de entrar en los trópicos, nos cogió una tempestad espantosa. La primera ráfaga de aire se llevó dos mástiles, dejando de pie nada más que el palo trinquete, y aun este nos sobraba porque no nos atrevíamos a colgar de él ni un cacho de vela. La tempestad descargó su furia durante varios días barriendo todo lo que había en los puentes, excepto un bote pequeño. El timonel iba atado a la rueda por miedo de que se lo llevase el agua, y todos nos dimos por perdidos. El capitán declaró que no tenía idea del punto en que nos hallábamos porque habíamos sido arrastrados muy lejos de nuestro derrotero, y temimos encontrarnos entre los peligrosos arrecifes de coral, tan numerosos en el Pacífico. Al amanecer el sexto día de huracán, vimos tierra a proa. Era una isla rodeada de un arrecife de coral, contra el cual se estrellaban furiosamente las olas. Dentro del arrecife el agua estaba en calma, pero no se distinguía más que una estrecha abertura para penetrar en el interior. Gobernamos hacia aquella abertura, pero al llegar a ella rompió contra la popa una ola tremenda que arrancó de cuajo el timón, dejándonos a merced de los vientos y de las olas.

—Todo ha concluido, muchachos —dijo el capitán a la tripulación—. Preparad el bote para echarlo al agua, porque antes de media hora estaremos sobre las rocas.

Los marineros obedecieron en tético silencio, porque comprendían que ofrecía muy pocas esperanzas de resistencia un bote tan pequeño en mar semejante.

—Venid, muchachos —dijo de pronto Martin con tono grave mientras estábamos en el alcázar aguardando nuestro destino—. No nos separaremos. Ya veis que es imposible que

ese botecito pueda llegar a la costa tan cargado de hombres. Seguramente zozobrar , y por lo tanto yo prefiero valerme de un remo grande. Estoy viendo con el telescopio que el barco va a chocar con la cola del arrecife donde rompen las olas. Por eso, si logramos permanecer montados en el remo hasta que las aguas lo arrojen sobre los rompientes, quizá podamos ganar la costa, y por eso os pregunto si quer is uniros a mí.

De muy buen grado accedimos a seguir a Jack, porque nos inspiraba confianza, aunque por el triste tono de su voz se comprendía que abrigaba muy pocas esperanzas. Y ciertamente, al contemplar las blancas olas que azotaban el arrecife y herv an furiosamente junto a las rocas, se comprendía que no había más que un paso entre nosotros y la muerte.

El barco se hallaba muy cerca de las rocas. La tripulación estaba ya preparada con el bote y el capitán, junto a ellos, daba órdenes, cuando vino hacia nosotros una ola terrible. Mis dos compañeros y yo corrimos a asirnos a nuestro remo, y apenas lo habíamos alcanzado cuando cayó la ola sobre el puente con el retemblar de un trueno. En el mismo instante, el buque chocó y el palo trinquete se rompió a ras del puente y rod  a un costado arrastrando al bote y a los hombres. Nuestro remo se enred  en el aparejo y Jack cogió una hacha para dejarlo libre; mas por efecto del movimiento del buque, en vez de dar a la jarcia, clav  profundamente el hacha en el remo. Por fortuna, otra ola vino a libertarnos, y un instante después luchábamos en el revuelto mar, asidos al remo. La última cosa que vi fue el bote dando vueltas en el agua y todos los marineros a merced de las espumosas olas. Entonces perdí el conocimiento.

Al volver de mi desmayo me encontré tendido sobre un banco de mullida hierba, al abrigo de una roca salediza. Peterkin, de rodillas a mi lado, me humedecía las sienes con agua y trataba de contener la sangre que me brotaba de una herida que tenía en la frente.

CAPÍTULO III

Al volver de un estado de insensibilidad se experimenta una sensación extraña y peculiar casi indescriptible; es una especie de conciencia confusa y somnolienta, una situación entre el sueño y la vigilia, acompañada de un cansancio que no es desagradable. Al despertar lentamente y oír la voz de Peterkin preguntándome si me sentía mejor, creí que me había dormido más de lo debido y que me iban a enviar al tope de un mastelero por perezoso; pero, antes de incorporarme precipitadamente, se desvaneció de repente aquella idea y me imaginé que debía de haber estado malo. Entonces abanicó mis mejillas una brisa embalsamada y me acordé de mi pueblo y del jardín que había a espaldas de la casita de mi padre con sus lujuriantes flores, y de la madre selva de suave aroma que mi amada madre cuidaba con tanta solicitud en el pórtico enrejado. Pero el bramido de las olas disipó estas deliciosas ideas y volví a verme en el mar contemplando los delfines y los peces voladores, y tomando rizos en las velas menores al pasar por el tormentoso cabo de Hornos. Gradualmente se tornó más fuerte y más claro el ruido del oleaje. Entonces pensé que había naufragado lejos, muy lejos de mi tierra, y abrí lentamente los ojos, encontrándome con los de mi compañero Jack, que me contemplaba con expresión de intensa ansiedad.

—Háblanos, Ralph —murmuró Jack con ternura—, ¿estás ya mejor?

Yo sonreí y alcé la vista diciendo:

—¿Mejor? ¿Pero qué quieres decir, Jack? ¡Si estoy perfectamente!

—Entonces, ¿por qué finges y nos asustas? —repuso Peterkin, sonriendo a su vez entre lágrimas, porque el pobre chico había creído realmente que me moría.

Me incorporé, apoyándome en un codo, y al llevarme la mano a la frente me encontré con que me había hecho un corte bastante grande y que había perdido gran cantidad de sangre.

—Vamos, vamos, Ralph —dijo Jack, echándome nuevamente hacia atrás—; échate, muchacho, todavía no estás bien. Humedécete los labios con esta agua, que está fresca y clara como el cristal. La he traído de un manantial que hay al lado. Cállate, hombre; no hables —agregó al ver que iba a decir algo—. Yo te lo contaré todo, pero tú no pronuncies ni una sílaba hasta que no hayas descansado bien.

—Hombre, no le prohíbas que hable —dijo Peterkin, que, pasados ya sus temores por mi vida, se dedicaba a armar una especie de refugio de ramas rotas para ponerme al abrigo del viento, aunque era innecesario, porque la roca junto a la que me habían colocado cortaba casi completamente la fuerza del huracán—. Déjalo hablar, Jack; es una satisfacción oírle decir que está vivo después de haberse pasado una hora larga rígido, pálido y callado como una momia egipcia. No he conocido otro chico como tú, Ralph; siempre estás haciendo diabluras. Casi me has echado fuera la dentadura, me has tenido medio ahogado y, para colmo, ¡te haces el muerto! Eres malo.

Mientras Peterkin se expresaba así, recobré mis facultades y empecé a comprender mi situación.

—¿Qué es eso de que te he tenido medio ahogado, Peterkin? —dije.

—¿Que qué es eso? ¿Quieres que te lo repita en chino para mayor claridad? ¿No recuerdas que...?

—No recuerdo nada —dije interrumpiéndolo—; no recuerdo absolutamente nada desde que nos tiramos al mar.

—¡Cállate, Peterkin! —dijo Jack—. Estás excitando a Ralph con tus disparates. Yo te lo explicaré todo. Tú recuerdas que después de chocar el barco nos arrojamos los tres al mar...; pues bien, al caer te diste en la cabeza con el remo, descalabrándote hasta casi atontarte, y te agarraste al cuello de Peterkin sin saber lo que hacías, y al agarrarte le diste un fuerte golpe en la boca a Peterkin con el catalejo que llevabas en la mano, que sujetabas como si en ello fuera tu vida...

—¿Que me dio en la boca? —interrumpió Peterkin—. Más vale que digas que me lo metió hasta la garganta. Si me mirarais el gáznate, de seguro que veríais claramente la huella del borde metálico del instrumento.

—Bueno, bueno —continuó Jack—; sea como fuere, lo cierto es que te agarraste a Peterkin de tal manera que temí que lo estrangularas. Pero, al ver que Peterkin estaba bien asido al remo, hice cuanto pude para que ganáramos la costa, y llegamos sin grandes contratiempos porque el agua está en calma dentro del arrecife.

—¿Y qué ha sido del capitán y de la tripulación? —pregunté con ansiedad.

Jack movió la cabeza.

—¿Se han perdido?

—No, espero que no se hayan perdido, pero me temo que existen pocas probabilidades de que se salven. El buque chocó contra la cola misma de la isla donde fuimos arrojados. Cuando el bote fue echado al mar, no zozobró, afortunada-

mente, aunque embarcó bastante agua, y los hombres pudieron meterse en él, pero, antes de que lograsen empuñar los remos, el huracán los arrastró a sotavento de la isla. Cuando nosotros tomamos tierra, los vimos haciendo esfuerzos por llegar adonde estábamos, pero, como no disponían más que de un par de remos de los ocho que pertenecen al bote y el viento les era contrario, perdían terreno gradualmente. Entonces los vi aparejar y desplegar una especie de vela, una manta me parece, porque era demasiado pequeña para el bote, y en menos de media hora los perdí de vista.

—¡Pobrecillos! —murmuré apenado.

—Sin embargo, cuanto más pienso en ellos, más esperanzas tengo —continuó Jack en tono más animado—. Porque mira, Ralph, yo he leído mucho acerca de estas islas del mar del Sur y sé que hay millares de ellas, por lo cual espero que caigan en alguna sin tardar mucho.

—Yo también lo creo así —dijo Peterkin con vehemencia—. Pero ¿y el barco, Jack? Mientras cuidaba de Ralph lo vi en lo alto de las rocas. ¿Dices que se ha hecho pedazos?

—No, pedazos no se ha hecho, pero se ha ido al fondo —repuso Jack—. Como ya he dicho, chocó con la cola de la isla y encalló por la parte de proa, pero el segundo embate lo desencalló y flotaba hacia sotavento. Los pobres tripulantes del bote hicieron desesperadas maniobras para llegar hasta él, pero, mucho antes de haber logrado acercarse, el barco se llenó de agua y se hundió. Después de haberse hundido el *Arrow* fue cuando vi a la tripulación tratando de llegar a la isla.

Cuando Jack dejó de hablar hubo un largo silencio, sin duda porque cada cual meditaba sobre nuestra extraña situación. Por mi parte, no puedo decir que eran agradables mis reflexiones. Sabía que estábamos en una isla porque lo

había dicho Jack, pero ignoraba si estaba habitada o no. En el primer caso, y teniendo en cuenta todo lo que había oído acerca de los isleños del mar del Sur, era seguro que acabaríamos tostados vivos y comidos por los caníbales, y, en el segundo caso, es decir, si la isla estaba desierta, imaginaba que nos moriríamos de hambre.

«¡Ay!», pensé. «Si el buque hubiera quedado encallado en las rocas, no hubiésemos escapado mal, porque habríamos sacado de él las provisiones necesarias y las herramientas para construir un refugio, pero así, ¡ay, estamos perdidos!». Estas últimas palabras las pronuncié en alta voz por la vehemencia de mis sentimientos.

—¿Perdidos dices, Ralph? —exclamó Jack animando su franco semblante con una sonrisa—. Más vale que digas que estamos salvados. Me parece que tus reflexiones han ido por mal camino y te han conducido a una conclusión errónea.

—¿Sabes la conclusión que yo he sacado? —dijo Peterkin—. Pues me he convencido de que esto es magnífico, de primera... La mejor cosa que podía habernos ocurrido. Y que jamás han tenido un porvenir más espléndido tres alegres marineritos como nosotros. ¡Tenemos toda una isla para nosotros solos! Tomaremos posesión de ella en nombre del rey. Empezaremos por entrar al servicio de sus negros habitantes, y no hay que decir que nos pondremos al frente de todos los negocios. Los blancos siempre lo hacen así en los países salvajes. Tú serás rey, Jack; Ralph, presidente del Consejo de Ministros, y yo seré...

—El bufón de la corte —interrumpió Jack.

—No —replicó Peterkin—, yo no tendré título ninguno; me limitaré a ocupar un alto cargo a las órdenes del Gobierno, porque ya sabes, Jack, que me gusta mucho ganar un sueldo enorme y no tener nada que hacer.

—Pero suponte que no hay indígenas...

—Pues entonces construiremos un hotelito encantador, plantaremos en torno suyo un jardín precioso lleno de las más espléndidas flores tropicales, labraremos la tierra, plantaremos, sembraremos, recolectaremos, comeremos, dormiremos y estaremos contentos.

—Hablando en serio —dijo Jack dando a su semblante una expresión grave, que, según había yo observado ya en otras ocasiones, producía el efecto de reprimir la inclinación de Peterkin a tomarlo todo a broma—, estamos realmente en una situación embarazosa. Si esto es una isla desierta, tendremos que vivir muy por el estilo de las bestias salvajes, porque no tenemos herramientas de ninguna clase, ni una navaja siquiera.

—Eso sí lo tenemos —dijo Peterkin registrándose los bolsillos de los pantalones y sacando un cortaplumas de una sola hoja y además rota.

—Bueno, más vale esto que nada —dijo Jack levantándose—; pero vámonos de aquí, porque estamos perdiendo el tiempo hablando en lugar de hacer algo. Tú ya parece que puedes andar, Ralph. Veamos lo que traemos en los bolsillos y subamos luego a lo alto de un cerro para ver en qué clase de isla hemos caído, porque, buena o mala, me parece que va a ser nuestra residencia durante algún tiempo.